

NARLAN MATOS, *Antología poética bilingüe*, Jaén, Editorial Maolí, Colección Novo Mundo, 2016, 163 págs.

De la mano de la editorial jiennense Maolí, la voz del poeta brasileño Narlan Matos atraviesa el Atlántico y llega por vez primera en forma de libro hasta los lectores de poesía hispanos. Con hermosas ilustraciones de Juan Carlos Mestre, quien también escribe uno de los prólogos -el otro se debe a Encarnación Medina Arjona- y traducción del poeta José Ángel García Caballero, la selección bilingüe que tenemos entre las manos consta de cuarenta poemas, cuatro de ellos inéditos.

Nacido en Itaquara (Bahía), en 1975, pero radicado en Estados Unidos, donde trabaja como profesor universitario, la obra de Narlan Matos, que goza de un merecido prestigio en su Brasil natal y viene haciéndose un sitio firme en el panorama internacional de la poesía, consta de los siguientes títulos: *Senhoras e senhores: o amanecer* (1997), *No acampamento das sombras* (2001) y *Elegia ao Novo Mundo* (2012).

Organizada de manera cronológica, arranca la presente antología con doce poemas que, a modo de concisas estampas, trazan la geografía de un yo errante, introvertido, desdoblado y fragmentado, un melancólico habitante de la tristeza que anda buscándose a sí mismo con la certeza de que la felicidad está siempre en otra parte, en cualquier edificio, en cualquiera de las vidas que quedan enfrente de nosotros, y también, con certeza, en la Itaquara natal de un tiempo perdido en el que se vislumbran amor, belleza y la plenitud de la primavera. Lejos de Itaquara, la vida es un lugar de días que se van sin suceder y pequeñas vidas anónimas de corazones cerrados y secretos que se cruzan apresuradas, sujetas a facturas que se cuelan por debajo de la puerta en una sucesión monótona que no sabe de «ningún milagro previsto para el lunes» (p.51). Frente a esta realidad circundante, el niño que fue sigue soñando con versos «en la sala de espera de al lado» y el poeta que ya es, insiste, solo, entre cuatro paredes, en su «compromiso inaplazable», sabedor de que «mi cura está en mis manos» y de que, lo sabe, «Voy a acabar encontrándome conmigo en una de esas horas/ En una esquina cualquiera de algún lugar.» (p.41)

En los poemas pertenecientes a su segundo libro, *En el campamento de las sombras*, la voz poética incide en las temáticas de su primer poemario, es decir, insiste en los motivos de la búsqueda de uno mismo dentro de la propia existencia, el viaje, la soledad, el vacío, las ausencias, la difícil escisión entre el yo y el mundo, la vida individual como una representación a la que no acude otro público que uno mismo, el amor, la infancia, la imaginación y la pervivencia del niño en nosotros. A estos motivos, hemos de sumar la conciencia del paso del tiempo y la necesidad que siente el hombre, el poeta, de encontrar «la palabra cierta» que lo libere de las rejas de su soledad llena de ruidos y lo integre en la vida.

Queremos destacar, por la belleza de su factura, los poemas que versan sobre el motivo de la niñez. Si, como dejó escrito William Wordsworth, el niño es el padre del hombre, en «Guía geográfica», Narlan Matos escribe: «Tome este mapa/ Y vaya hasta la RuaTheopompo de Almeida 122/ Allí en la escalinata del caserón de 1920/ Hay un niño triste sentado a su espera/ Siéntese confortablemente y escuche su historia» (p.85) y en «La llegada del tren a la estación» apunta: «Un día mi vida fue al cinematógrafo/ Y nunca más volvió a casa» (p.93).

Sin embargo, en los poemas pertenecientes a su tercera entrega, *Elegia ao Novo Mundo*, observamos que, junto a las constantes con las que ha ido tejiendo el tapiz de su obra, aparecen variaciones, cambios temáticos y formales que enriquecen la voz de nuestro poeta. Al menos, en parte de ellos, vemos cómo versos y poemas crecen y se desbordan en su afán por dar cabida a lo real. Acontece esto en el poema que da título al conjunto, en «América» y en «As crianças da noite». Es perceptible en ellos un abandono del intimismo característico de su obra precedente y, paralelamente, observamos cómo su mirada pasa a focalizar y denunciar el dolor de una humanidad ultrajada. Donde Pessoa hablara de las lágrimas de Portugal, Narlan Matos nos dice «¡oh mar salado, cuántas de tus sales son genocidios de Portugal! Ese Nuevo Mundo nace, por tanto, de la codicia y crueldad de conquistadores, mercaderes y traficantes de vidas humanas, del derramamiento de ríos de sangre y de la imposición de leyendas y creencias ajenas. Denuncia, por tanto, de un tiempo «donde espadas de brutalidad hendieron mi cuerpo desnudo/ donde los perros de caza de los barones de las Indias se/ alimentaron de los brazos y de las piernas de niños indefensos». Asimismo, «Los niños de la noche» nos enfrenta a la planetaria falta de humanidad, al tráfico ilegal que alimenta la avaricia de quienes han perdido su condición humana, a la pobreza y a la explotación infantil. La niñez, siempre, en el corazón de su poética. Como contrapunto «América» se erige como un canto de amor a la maravilla que es el continente americano. Pero a continuación, con «Wall Street» Narlan vuelve, no sin amarga y dolorida ironía, al territorio de la denuncia: «y gritando al unísono/ ¡cómo es bella América/cómo es de bella América/ ah, y como de afilada» (p.127). New York aparece como símbolo de un capitalismo despiadado en el que no hay espacio para el alma humana. Imposible no escuchar, al leer estos versos, la voz lorquiana. Imposible no ver, en el reverso de estos versos, una aurora repetida sobre un mar de cieno. Y en «Tenochtitlán» vuelve a insistir en la necesidad de la esperanza humana frente a la larga noche que se arrastra desde hace siglos, desde la elegía iniciática porque, «el extraño sacrificio iniciático de la vida aún ocurre dentro de nosotros» (p.129).

Junto a su apertura hacia la reflexión histórica y la denuncia de la que nacen los poemas comentados, encontramos poemas que nacen de la contemplación amorosa del mundo, de las cosas simples y de la belleza del ser amado («Romance de las granadas»). Y un hermoso poema en el que nostalgia y niñez se cogen de la mano, y danzando en el corro de la ciranda, nos llevan a la alegría compartida de la infancia.

El presente volumen se cierra, como ya apuntamos, con cuatro inéditos: «Conversación con una cingara andaluza», poema dialogado de raigambre lorquiana en el que, como ocurriera en su momento con su compatriota Joao Cabral de Melo Neto,

vuelve a dar muestras de una admiración por lo andaluz que toma cuerpo también en «Las oliveiras» (quizá hubiera sido más afortunado traducir este poema como Los olivos); «Infantes de Palestina», denuncia de la crueldad, de lo inhumano del mercado, y del silencio cómplice y falto de compromiso de las naciones ante este infierno en el que la sangre de las víctimas alimenta «las plantas carnívoras del infierno» y «La vida obtusa», poema reflexivo de una voz solitaria que pretende dar testimonio de la belleza, del dolor y salvar lo vivido a través de la escritura.

De todo lo que hemos ido señalando hasta aquí, y de lo no dicho y que habrá de descubrir el lector, se desprende que nos encontramos ante una voz que merece la atención de cualquier verdadero amante de la poesía. Narlan Matos, siguiendo la estela de poetas de la talla de Carlos Drummond de Andrade, Manuel Bandeira o Lêdo Ivo, llega a nuestras manos con la intención de quedarse porque, como bien dice Juan Carlos Mestre en el prólogo que precede a estos poemas «Hay respuesta en este libro, hay mandato y hay conducta en la voz de Narlan, cumplir con el encargo, ofrecer un vaso de agua para la sed del Mundo». Eso es, en definitiva, la poesía que late en estos poemas, un vaso de agua para la sed.

Diego de la Torre